

 **REY
D**ESNUDO 
REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Historia pragmática*

Garzón Rogé, Mariana (ed.): *Historia pragmática. Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes*, Buenos Aires, Prometeo, 2017.

Lucas Angueira

Universidad Nacional de Tres de Febrero

lucas.angueira@gmail.com

La crisis de la Historia ocurrida en las últimas décadas ha suscitado múltiples alternativas teóricas dentro de la disciplina. En el libro *Historia pragmática. Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes* (editado por Mariana Garzón Rogé, doctora en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires), se propone —a partir de una selección de trabajos publicados originalmente en Italia y en Francia en las últimas tres décadas— la reconstrucción de una *perspectiva praxeológica* de abordaje del pasado. Esto es, en un intento de definición acotado, la descripción de la acción situada.

Hablamos de “reconstrucción” de la perspectiva porque Garzón Rogé, en la introducción del volumen, parte de la tarea inconclusa del historiador francés Bernard Lepetit (p. 9), tras su muerte ocurrida en 1996, quien invitaba a estudiar al pasado poniendo el foco en la multiplicidad de acciones y en la interacción entre los diversos sujetos que las realizaban, eliminando del análisis cualquier elemento que trascienda las acciones mismas.

Esta sugerente perspectiva teórica consiste en una Historia (en tanto saber) que aborde sus objetos de estudio a partir de investigadores que asuman el rol de “aprendices en un país extranjero” (p. 33), un *país extranjero* que resulta de la alteridad que mantenemos con el pasado. Como señala la editora, “esta historia pragmática se propone como tarea la *descripción* de la acción en situación y en el mismo movimiento de las gramáticas que la hacen posible” (p. 33). Para esa reconstrucción Garzón Rogé se apoya, como veremos, en las heterogéneas propuestas de otros autores europeos que son incluidas en el libro.

El programa de Historia Pragmática que se propone en esta obra podría desglosarse, siguiendo la caracterización general que la editora realiza en la presentación del trabajo, en diversos elementos centrales.

En primer lugar la preponderancia que el historiador debería brindar a la perspectiva de los sujetos históricos por encima de la suya —y la de cualquier otro sujeto no interviniente en la acción—, restringiendo al investigador a un rol de observador que no podrá describir nada más allá de que lo que ve en las fuentes, rasgo que se problematiza en el texto del antropólogo Jean Bazin incluido en este volumen.

Este aspecto, que quizá resulta familiar para cualquier historiador desde el positivismo, adquiere una dimensión más radical en esta perspectiva ya que se propone que los investigadores no intenten reconstruir nada que resultara desconocido para los propios actores, evitando no solo las teleologías sino también cualquier mirada que intente reconstruir (o construir) un relato que presumiblemente no forme parte de la concepción que los sujetos tengan de sus coyunturas: “los actores participan de una elaboración incesante de los mundos en los que viven: detectar qué es lo que hacen remite indefectiblemente a una descripción de esos mundos” (p. 22).

Incluso esta propuesta podría resultar conocida para el investigador familiarizado con la metodología de la Historia Intelectual de la Escuela de Cambridge, pero incluso aquí hay diferencias ya que también cambia en la perspectiva pragmática de Garzón Rogé la noción de *contexto*. Este concepto, que se nos señala como uno de los centrales de la propuesta (acompaña el título del volumen, además de las ideas de *acción* y de las *fuentes*) también encuentra aquí sus particularidades, ya que “es en la acción en donde se elabora el contexto en el que esa acción tie-

ne sentido” (p. 23). Es decir que en la perspectiva praxeológica el contexto es intersubjetivo, no un elemento desconocido o desapercibido que prefigura discursos o incita el accionar. El historiador de las *prácticas* deberá partir del supuesto de que todo individuo sabe lo que hace, aunque esta propuesta no sea estrictamente subjetivista.

En este punto es donde resulta necesario señalar que la autora rechaza tanto las miradas estrictamente subjetivas como así también las pretensiones estructurales: la respuesta ante el posicionamiento de la Historia Pragmática en este sentido es que si bien parte de historizar la acción y de la perspectiva de los sujetos, es en lo intersubjetivo en definitiva en donde se construye la historia. Esta historiografía no presenta “una mirada ingenua sobre el conflicto social y las relaciones de poder” (p. 23), sino que simplemente no intenta agregar al análisis elementos que resulten ajenos a los sujetos históricos y sus prácticas, teniendo en cuenta este carácter intersubjetivo de la acción.

Luego, resulta relevante la crítica a la idea de *práctica* que se desarrolla en la obra del sociólogo Pierre Bourdieu (que se clarifica en el aporte del historiador Angelo Torre al libro, como veremos). Los cultores de la Historia Pragmática, siguiendo la obra de otro sociólogo francés, Luc Boltanski —ligado inicialmente a Bourdieu, pero con una trayectoria que se separaría más tarde¹—, se alejarán de la idea de que la praxis humana refiere siempre a algún sistema de representaciones que la precede y la preforma.

En ese sentido también rompe con la noción de *estrategia* tal como se la observa en la Microhistoria, debido a que esta noción es “contraproducente [...] ya que invitaba a los historiadores a analizar los comportamientos individuales en relación a un plan que era exterior y superior a las versiones de los hechos que daban los actores” (pp. 16-17). El historiador praxeológico debe limitarse a historiar la acción “como observadores de ese país lejano que es el pasado” (p. 19).

1 Para una caracterización general de la obra de ambos autores, así como de sus trayectorias vitales y sus ligazones profesionales, véase: Nardacchione, Gabriel y Tovillas, Pablo: “Otra controvertida relación maestro-discípulo. Pierre Bourdieu & Luc Boltanski”, en *Cuestiones de Sociología*, No. 16, 2017. Es relevante que, pese a la centralidad de la sociología de Boltanski en la Historia Pragmática indicada en la introducción, sean tan escuetas las referencias a la obra de este intelectual francés.

Si bien muchos de los autores que podríamos catalogar como *historiadores pragmáticos* también son relacionables con la Microhistoria (v.g. Angelo Torre y Simona Cerutti, presentes en este volumen), como señala la editora, “la historia pragmática no es el presente ni el futuro de la microhistoria. Tampoco la microhistoria es antepasado directo de aquella” (p. 35, nota 76). El principal punto de disidencia es el mencionado aspecto de las estrategias, pero también hay desacuerdo en cuanto al hecho de que los historiadores de aquella corriente italiana tendieran a “reponer las relaciones interpersonales en las que [los] comportamientos habían sido posibles” (p. 16), a reconstruir universos a partir de las particularidades de las fuentes, como la reconstrucción de, por ejemplo, “una cosmología compleja, posible en el plano de la [...] elaboración intelectual y erudita [del historiador] pero desconocida para el protagonista” (p. 15).

Garzón Rogé rescata una crítica de Simona Cerutti a la Microhistoria que considera que apunta al corazón de esta metodología italiana: “era el ‘marco estratégico’ el que dictaba las operaciones de manipulación posibles de las normas sociales, y este hecho hacía poco probable escapar a la imposición de categorías y anacronismos para reconstruir los universos posibles de las interacciones sociales” (p. 17).

La Historia Pragmática se propone “abandonar temas y problemas para los que no hay respuesta” (p. 21), reduciendo el margen de trabajo historiográfico a lo estrictamente praxeológico, separándose así definitivamente de la Microhistoria, aunque eso no signifique la construcción de una corriente historiográfica homogénea (tal como se verá en el capítulo a cargo de Francis Chateauraynaud e Yves Cohen).

El abordaje de las fuentes es otro de los aspectos que se nos señalan relevantes desde esta perspectiva, ya que deben permitir al historiador “captar los modos en los que la historia ha sido elaborada intersubjetivamente” (p. 27). Y en ese sentido la editora plantea que las fuentes deben ser consideradas como *acciones* cuyas intencionalidades subyacentes desconocemos pero aun así nos permiten reconstruir el terreno inmediato de los actores. Este aspecto nos resulta debatible, ya que no es claro el punto en el que podemos diferenciar la praxis de los actores de la pragmática —en el sentido que John Austin le ha dado al término²— de los textos-fuente (incluso, cuando se

2 Austin, John: *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 2003 [1962].

nos presentan ejemplos de enfoques pragmáticos, las fuentes provienen del Antiguo Régimen y de casos en los que el *contacto empírico* con ese pasado se produce mayormente a través de la lectura de textos).

Como resulta evidente, a menos que adoptemos un análisis formalista de las fuentes, las acciones concretas de los sujetos son muchas veces distinguibles de su registro escrito. Si bien se nos señala que “las fuentes ‘no describen’ la realidad sino que tienen intenciones sobre ella, que han sido producidas con fines prácticos y que deben leerse como tales” (p. 29, nota 61), es importante señalar que la escritura de las acciones representa también una acción en sí misma, pero es una acción entre otras, con una pragmática propia, que bien puede ser diferente de la acción que describe, incluso cuando en la fuente registre, por ejemplo, la acción de pensar (es perfectamente probable que el actor no vuelque en un escrito lo que realmente piense, incluso si este texto se trata de una declaración juramentada, ya que pueden entrar en juego diversos sentimientos como el miedo, la vergüenza, entre otros que lo lleven a *decidir* ese desplazamiento).

Todos estos aspectos señalados por Garzón Rogé nos presentan una perspectiva teórico-metodológica que, pese a sus claroscuros, plantean una interesante alternativa en el plano historiográfico. Pese a sus puntos de contacto con otras perspectivas, la Historia Pragmática mantiene sus particularidades. Es más transparente la familiaridad con la Microhistoria. Incluso, como mencionamos, muchos de los investigadores asociados a la perspectiva praxeológica están también imbricados en la Microhistoria, aunque manifiesten sus críticas a la corriente italiana. Incluso con esta tradición historiográfica, donde la escala de análisis se emparenta con la de la Historia Pragmática, también se plantean diferencias en la posición y el rol del observador.

Podríamos plantear puntos de contacto con el posmodernismo historiográfico, pero también hay diferencias: las acciones como objeto de estudio no son construidas por el *narrador*, sino que son producidas por los propios sujetos históricos de forma intersubjetiva (lo que también aleja a esta perspectiva de las visiones individualistas del pasado). Asimismo se plantea una centralidad de las fuentes por sobre cualquier hermenéutica, pero en este punto también se plantean diferencias con otras perspectivas, ya que las fuentes son consideradas acciones y no “receptáculos transparentes de información” como en las miradas positivistas.

Sin embargo sí es posible inscribir a esta corriente entre aquellas que proponen, desde hace ya algunas décadas, el abandono de la centralidad de la Historia y de los macrorrelatos. No es casual que el último enunciado de las ciento cuarenta páginas del volumen, que si bien no pertenece a la editora, sea “la historia no es más la reina de las ciencias sociales: la realeza ha sido abolida” (p. 140)³.

A la caracterización general y la inscripción de esta metodología en una línea teórica más amplia realizada por Garzón Rogé en el primer capítulo del libro, titulado *Aprendices en un país extranjero. Notas para una historia pragmática* —que sirve de introducción e hilo conductor— elige complementarlas con una selección de textos que abordan diversos aspectos del pragmatismo historiográfico. Dos de ellos, escritos por Angelo Torre y Simona Cerutti, son críticas a trabajos realizados por otros historiadores de variadas corrientes metodológicas, a partir de los supuestos de la perspectiva praxeológica. El texto de Jean Bazin plantea problemáticas similares en la producción de saber antropológico; el trabajo de Francis Chateauraynaud e Yves Cohen se trata de un recorrido por diversas posturas en la historización de las prácticas desde los años sesenta.

El aporte de Angelo Torre, *Recorridos de la práctica, 1966-1995* (pp. 43-78), publicado originalmente en 1995⁴, está sustancialmente dirigido al público italiano de ese momento, en tanto que propone una lectura de autores transalpinos “conocidos pero pocos abordados en Italia” (p. 58). En él, el autor critica, mediante el análisis de las trayectorias historiográficas de Antonio Manuel Hespanha y de Roger Chartier, el concepto de *práctica* tal como lo propusiera Pierre Bourdieu y fuera adoptado por estos autores, como así también otras nociones bourdianas como *campo* y *habitus* y conceptos de otros intelectuales franceses como Michel Foucault (dispositivo) y Michel de Certeau (tácticas). El cuestionamiento principal de Torre radica en que Hespanha y Chartier, en su afán de construir una historia anticuantitativa enfrentándose a la historia social y, principalmente, a la Historia de las Mentalidades⁵, concurren a una visión del pasado en el que las prácticas

3 Véase, en ese sentido, Cruz, Manuel: *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014 [2012].

4 Texto original: Torre, Angelo: “Percorsi della pratica 1966-1995”, *Quaderni storici*, No. 90, 1995, pp. 799-829.

5 Dice Roger Chartier: “[...] a la historia intelectual clásica, dedicada a las ideas que resultan de la elaboración consciente de una mente singular, se oponían la mentalidad, siempre colectiva, y el contenido impersonal de los pensamientos comunes. De ahí la posibilidad, para la historia de las mentalidades, de vincularse con la historia

estaban enteramente subordinadas a las representaciones. Sostiene Torre que Chartier entiende a la “práctica como apropiación de modelos culturales preexistentes” (p. 58).

Según Torre, “los años 1980 han estado más signados por una ciencia de los modelos culturales y de las representaciones que por una praxeología” (p. 71) e invita a una renovada consideración de las prácticas, dándole centralidad “al valor intrínseco de la acción” (p. 72). Es interesante que Torre, a diferencia de la editora, sí señala —siguiendo a Alain Cottureau— la diferencia entre las acciones y sus transcripciones y que esta diferencia debe estar presente en el trabajo del historiador de las prácticas (pp. 75-76).

El texto de Simona Cerutti incluido en el volumen, titulado *Who Is Below? E. P. Thompson, historiador de las sociedades modernas: una relectura*⁶, fue publicado en *Annales* a propósito de la reciente —y tardía— traducción al francés de una de las últimas publicaciones de ese historiador británico fallecido en 1993, titulado *Customs In Common*⁷. Si bien Cerutti parte de los problemas que han acarreado las diversas traducciones de los conceptos de Thompson a otras lenguas como el italiano y el propio francés, en el artículo tiene como objetivo resignificar la *history from below* de este historiador.

Esta perspectiva, que nace en el marco de la historiografía marxista británica de los años sesenta, es caracterizada por Cerutti como el “fruto [del] trabajo de salvataje de lo que habría podido pasar; un trabajo de readquisición de otros sistemas de significaciones que, habiendo perdido su batalla por la legitimidad, fueron olvidados” (p. 102). Cerutti propone, en cambio, “liberar a la *history from below* del estudio de la cultura popular [para] expandir su campo de acción” (p. 102). Así podríamos entender mejor (desde la perspectiva praxeológica), por ejemplo, el problema de la autoridad. Según la autora, la visión de Thompson se ha encontrado influenciada por su propio contexto, lo que le ha impedido observar de manera cabal la experiencia de los actores en el Antiguo Régimen.

cuantitativa”. Chartier, Roger: “¿Existe una nueva historia cultural?”, en Gayol, Sandra y Madero, Marta (eds.): *Formas de historia cultural*, Buenos Aires, Prometeo/UNGS, 2007.

6 Texto original: Cerutti, Simona: “Who is below ? E. P. Thompson, historien des sociétés modernes: une relecture”, en *Annales. Histoire. Sciences Sociales*, No. 4, 2015, pp. 931-956.

7 Thompson, Edward P.: *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*, Nueva York, The New Press, 2015 [1991].

El antropólogo Jean Bazin, quien escribe *Interpretar o describir. Notas críticas sobre el conocimiento antropológico* presente en el volumen, dirige su texto de 1996 a sus colegas en Francia. Allí, y en función de las problemáticas propias de esa área del saber, analiza la posibilidad de escribir sobre otras culturas y las dificultades de esa tarea. La principal propuesta de Bazin es la del olvido de la búsqueda de sentidos trascendentes a la acción, apelando a la metáfora de que es posible observar un juego pero no conocer sus reglas mediante esa observación (p. 112). En ese sentido, el autor —por medio de la recolección de diversos ejemplos entre los trabajos antropológicos—, pretende dejar en claro que “jamás observo otra cosa que situaciones. Una situación es una configuración singular, por definición temporal, el momento actual de una historia en curso” (p. 121). La inclusión de este texto explicita la clara vecindad de la perspectiva praxeológica con el saber antropológico, aspecto observable en casi todos los textos del libro.

El texto de Chateauraynaud y Cohen, publicado en 2016, *Perspectivas sobre las historias pragmáticas* pretende brindar una caracterización de los diversos enfoques que han adoptado a la praxis como objeto de estudio desde la publicación de *Arts de faire* de Michel de Certeau en 1980⁸. Estos autores no plantean que esta perspectiva sea homogénea: por el contrario, sostienen la existencia de diversas perspectivas en la Historia Pragmática.

Considerando a los historiadores como practicantes de la investigación (p. 135), sostienen que en el análisis del pasado se deben tener en cuenta diversos aspectos, en primer lugar que las fuentes son producto de prácticas, en segundo lugar que estas son producto de la escritura, en tercer lugar, que existen “acciones grabadas en la fuente” (p. 132) y por último que “por identificación de diversas fuentes pertinentes y en sintonía, abordadas de una u otra de las tres maneras indicadas [...] se puede acceder a una historia de la práctica”. La duda que aquí se nos presenta es que si es el historiador quien tiene ese rol activo en la *identificación* y *sintonización* de fuentes, ¿sería posible esa observación de las acciones tal como las percibieran los actores o sería una descripción ex post facto?

8 De Certeau, Michel: *L'invention du quotidien I. Arts de faire*, París, Gallimard, 1990 [1980].

Está claro que la perspectiva que presenta Garzón Rogé está en construcción y que el debate está abierto. Las desavenencias, incluso, están presentes entre los propios textos que seleccionara la editora del volumen.

Supongamos por un momento que somos historiadores pragmáticos del futuro que nos proponemos analizar este libro. ¿Podríamos contemplarlo como una *acción* intersubjetiva o se trata de un conjunto de pragmáticas singulares apropiadas por la *acción* de la editora? Si bien Garzón Rogé propone abandonar las preguntas para las que no tengamos respuesta, ¿no sería interesante preguntarnos para qué o por qué la editora encara la confección de la obra? Mirando sólo la *fuentes* entenderíamos el entramado argumental del libro pero nos perderíamos otras pragmáticas perfectamente presumibles pero que no se nos revelan explícitamente en el texto (como el prestigio que brinda encabezar un libro, el posicionamiento que la autora pretende para la perspectiva praxeológica en la esfera historiográfica, el beneficio económico que pudiera significar, etcétera). ¿No podríamos inferir influencias que no se citan, las posiciones frente a la política o frente a otras perspectivas historiográficas de los autores, las valoraciones que estos pudieran tener de diversas teorías filosóficas? Creemos que son preguntas válidas, pero difíciles de responder desde esta mirada. El punto más endeble de la propuesta es precisamente el de las fuentes, lo que no cancela en absoluto la validez de la perspectiva como una herramienta más que interesante para debatir el accionar de los historiadores en las miradas sobre el pasado, que no deja de ser *un país extranjero*.